



Jornada Mundial de las Migraciones

Mutxamel, 14 Enero 2018

La Palabra de Dios que hemos escuchado este domingo destaca, especialmente, por ponernos frente al misterio de la vocación, algo que no se produce por nuestros méritos o por nuestras cualidades humanas, sino que brota de la libre y misericordiosa iniciativa de Dios respecto a nosotros. Además la Palabra nos describe la preciosa relación entre el encuentro con el Señor y la mediación de otros, la importancia del testimonio.

Si nos fijamos en el relato evangélico, los encuentros con los primeros discípulos suceden como “en cadena”: cada uno de ellos llega a Jesús a través de la mediación de otro, porque esa es concretamente la dinámica de nuestra llegada a la fe. De ahí deriva una enseñanza clarísima sobre la importancia que tiene contar con auténticos testigos, que nos presenten a Jesús como el Señor esperado y favorezcan el encuentro con Él. En este sentido, son unos ejemplos excelentes, ya en el Antiguo Testamento –hemos visto en la 1ª lectura- el sacerdote Elí con Samuel, y todavía más Juan el Bautista con sus dos discípulos, y uno de estos –Andrés- con su hermano Simón con quien comparte, enseguida, el hallazgo del Señor y sin pensarlo más lo llevó a Jesús: Jesús que se le queda mirando; manifiesta conocerle bien; y le cambia el nombre, llamándole Pedro, con todo lo que esa acción significa.

El encuentro con Jesús, los cambió; nos cambia, nos transforma, y nos impulsa a compartir el hallazgo, el descubrimiento de Él, y nos abre al testimonio, a la misión; y nos abre a una nueva sensibilidad e implicación por los otros, su situación y sus necesidades.

Hoy, Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado, podemos ver esto último, esa sensibilidad nueva que nos da la fe, el haber encontrado a Jesús; en la enseñanza constante del Papa Francisco se ve en la actitud ante los emigrantes y refugiados una piedra de toque sobre la calidad de nuestro cristianismo, de nuestra fe y vida cristiana.

El Santo Padre viene a decirnos que para ser fieles a Jesucristo, hemos de vivir una cercanía real y eficaz con nuestros hermanos emigrantes, a lo largo de 2017 podemos decir que no ha habido semana que no se haya oído su mensaje sobre la situación de los diversos grupos de refugiados y emigrantes, tanto en Europa y América, como en Oriente Medio o en el Este de Asia. Todo parece indicar que va a seguir haciéndolo en el año que acabamos de comenzar. La Jornada Mundial de la Paz, que hemos

celebrado el día 1 de Enero tenía como lema: *“Migrantes y refugiados, hombres y mujeres que buscan la paz”*.

Tengamos bien presente que la movilidad humana es una característica de nuestro tiempo, favorecida por la globalización. El turismo, internet y los fenómenos migratorios son propios de nuestro tiempo, permitidos por el Señor que dirige la historia humana. Los signos de los tiempos evidencian que las corrientes migratorias no son un fenómeno pasajero. Una razón evidente y de fondo es la enorme desigualdad entre el hemisferio norte y el hemisferio sur. Nada va a parar a los jóvenes que sueñan con vivir en una sociedad en bienestar y progreso, cuando su tierra no tiene que ofrecerles más que miseria y violencia.

En los flujos migratorios son determinantes las causas que fuerzan a emigrar desde los países del sur. Por ello es inaplazable la colaboración internacional para destinar recursos y promover programas de desarrollo en los países del sur de modo que los jóvenes de aquellas latitudes puedan vivir en su propia tierra, y quien emigre lo haga, no forzado por la violencia o la miseria, sino tomando la decisión en condiciones de libertad.

El mensaje del Papa para la Jornada Mundial de las Migraciones de este año nos invita a que conjugemos cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar. La acogida ha de ser la primera actitud ante el emigrante pobre. Un cristiano, como el Buen Samaritano, ha de acercarse, curar y vendar a quien necesita ayuda. De esto saben mucho instituciones y comunidades católicas nuestras, de aquí, especialmente los miembros y los colaboradores de nuestro Secretariado Diocesano de Migración, Asti-Alicante. A todos ellos nuestro reconocimiento más sincero.

Pero como ellos saben bien la atención humana y cristiana al emigrante, también en el caso de refugiados, no se reduce a los cuidados de urgencia. Hemos de intentar proteger sus derechos y su desarrollo personal para que puedan aportar su talento y sus valores a nuestra sociedad. El aspecto, quizás, más novedoso del mensaje del Papa Francisco es el último verbo con el que diseña nuestro compromiso: integrar. Él, haciendo mención a S. Juan Pablo II, hace notar que la integración de los creyentes ha de significar la acogida de su propia cultura para enriquecer la cultura del país que les acoge.

Miremos en nuestras parroquias, comunidades y movimientos cómo atendemos a esta importante realidad hoy en nuestras tierras, cómo tratamos de ayudarles de acuerdo con su dignidad de personas e hijos de Dios.

El salmo responsorial que hemos recitado ponía en nuestros labios palabras muy claras: *“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”*. Que sigamos la voluntad de Dios en el amor y servicio a quienes nos necesitan; ante la evidente necesidad de tantos hermanos emigrantes y refugiados que buscan pan y paz para sus vidas y las de sus familias.

Aquí en Mutxamel el amor y la devoción a la Virgen es una característica muy propia, un tesoro; que Ella que con S. José tuvo que marchar a tierra extranjera, a Egipto, para salvar a Jesús, interceda ante su Hijo para que tengamos un corazón acogedor y sensible para con aquellos que vienen forzados desde otras tierras. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.